

DESCIFRANDO ISRAEL

© De las fotografías en cubierta, Naftali Hilger (Museo Torre de David de Jerusalén) y Sal Emergui (Tel Aviv).

© De los textos, Sal Emergui

© Primera edición, Confluencias, 2024

© Segunda edición, Confluencias, 2025

www.editorialconfluencias.com

Maquetación: Jorge Sossa Musumeci y Rodrigo Sepúlveda Cebrián

Impreso en España

ISBN: 978-84-129908-7-4

Depósito Legal: AL 3911-2025

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

SAL EMERGUI

DESCIFRANDO

IS RA EL



CONFLUENCIAS
EDITORIAL

ÍNDICE

Introducción	9
I. Luces, sombras y... contrastes	19
II. Las cuatro tribus en el Nuevo Orden Israelí	69
III. Un viaje a Jerusalén, Tel Aviv y Haifa	111
IV. El kibutz no ha muerto	159
V. Colonias y colinas	187
VI. En las entrañas del Ejército. Guerras, operaciones y retos	211
VII. La central nuclear de Dimona	273
VIII. El largo brazo del Mosad. Testimonios y misiones secretas	281
IX. Los secretos de la Start-Up Nation	355
X. La conquista de la mujer y la Revolución LGTB	389
XI. La sátira israelí y el humor judío	425
XII. La memoria de la Shoá	459

Apéndice

Intrahistoria del ataque del 7-0 y de la guerra y los efectos en Oriente Próximo	485
Israel tras el 7-O	508
Franja de Gaza	515
Oriente Próximo	520
<i>Mea Culpa</i>	529

INTRODUCCIÓN

¿Otro libro sobre Israel? Durante muchos años, quizá demasiados, yo me hice la misma pregunta. Solo cuando me convencí de que podía ser interesante, útil y con un enfoque diferente, emprendí una apasionante aventura que en realidad había comenzado, sin saberlo, en 1997 al llegar a un país en el que hasta los inusuales silencios causan discrepancia. Mi primer libro.

Tras firmar miles de crónicas, directos y reportajes en diarios, cadenas de televisión y emisoras de radio, es el momento de ofrecer un texto más pausado, detallado y sin limitación de caracteres o minutos que pueda servir a los que buscan contexto, datos y entrevistas más allá del titular. El contexto es un plato cada vez más escaso en la era del *fast food* informativo en la que el consumo instantáneo es incompleto y la atención sobre un tema se alarga lo que tarda la lectura de un tuit. Albert Einstein apuntó que «cualquier tonto puede saber. La cuestión es entender». Por cierto, el científico, uno de los padres espirituales de la Universidad Hebrea de Jerusalén hace un siglo, entendió sus limitaciones en tiempo y espacio cuando en 1952 rechazó la propuesta para presidir Israel. Todo es relativo.

Pese a que desde su primer aliento es observado con lupa y está presente en los medios de todo el mundo, Israel cuenta aún con muchas facetas desconocidas. Antes de avanzar, una aclaración importante. El conflicto entre palestinos e israelíes aparece en algunos capítulos porque es imposible completar un retrato de Israel sin incluir esta cuestión que acompaña y en muchos casos marca sus pasos, pero este libro se centra en los israelíes y la intrahistoria de su país. La radiografía combina acontecimientos históricos, fenómenos sociales, éxitos tecnológicos, asignaturas pendientes, problemas estructurales, eventos políticos, anécdotas, chistes y algunas vivencias profesionales. Tras más de un cuarto de siglo en estas tierras, pensaba que lo sabía casi todo. *Descifrando Israel* me di cuenta de que estaba muy equivocado. Por suerte, el aprendizaje no tiene fin.

No encontrarán aquí un país impoluto ni uno demonizado. Básicamente porque ambos conceptos son falsos. Desde el punto de vista profesional quizá me convenga escribir un libro asentado en el estereotipo, pero no sería correcto ni original. Más interesante es mostrar luces y sombras de Israel y exponer los infinitos contrastes del joven Estado creado por un antiguo pueblo en el que la queja y la satisfacción, ambos en su exageración, van de la mano. Lo nuevo y lo viejo se fusionan en la tierra de la Biblia y el *Software*. La emoción de los turistas y peregrinos se explaya ante piedras milenarias en un país que lanzó una nave a la Luna, aunque acabó estrellándose al llegar al destino. Al menos, bromearon algunos israelíes, la ONU no condenó a Israel por atacar la Luna.

La línea que separa la guerra de la calma es muy fina. «Es el único país en el que entre su jornada más triste (recuerda a los soldados muertos) y alegre (celebra la Independencia) transcurren solo seis segundos», afirmó el gran referente de la sátira israelí, Ephraim Kishón, en alusión a dos fechas señaladas y cercanas en el calendario nacional. O como dice el escritor David Grossman, «un pueblo de supervivientes empedernidos como nosotros, los judíos, afronta la muerte con la misma intensidad con la que afronta la vida».

Pese a ser uno de los países más amenazados y complejos, es la cuarta economía con mejor evolución en el 2022 (según cinco indicadores

analizados por *The Economist* entre los treinta y cuatro miembros de OCDE) y el cuarto más feliz (Informe Mundial de la Felicidad de la ONU). También de los que rezuma más ironía como se refleja en la respuesta de Kishón a su pregunta: «¿Qué diferencia hay entre el Mesías y el fontanero? Que el Mesías quizá pueda llegar».

En una sociedad de grandes consensos y discrepancias mayores, decir «Judea y Samaria» o «Cisjordania» no es una opción semántica sino un manifiesto ideológico. Los matices son antiguos. Mientras el padre del sionismo moderno, Theodor Herzl, visionaba el Estado judío como la solución al problema de los judíos buscando un refugio político, Ajad Haam (Asher Hirsch Ginsberg) perseguía una solución para la recuperación de su identidad cultural y espiritual. El sionismo es visto de forma dispar también hoy en Israel. El sionismo religioso y el sionismo laico (conservador o progresista) comparten la raíz, pero difieren en sus ramas de la visión de Herzl. Las corrientes hebreas antisionistas pertenecen al mismo bosque en un árbol diferente. «Ramas enteras del judaísmo pueden morir, pero el árbol sigue viviendo», escribí.

Este libro es el resultado de recorrer decenas de sitios y entrevistar a más de un centenar de personas de diferentes orígenes, sectores y profesiones. Aprovecho esta intensa y larga cita, en ningún caso a ciegas, con Israel para escuchar sus voces heterogéneas, ver los vertiginosos cambios en su rostro, oler sus aromas, tocar sus fibras más sensibles y percibir sus matices.

Los personajes que me abrieron sus casas, oficinas y agendas configuran un variado mosaico como, por ejemplo, uno de los arquitectos del futuro de Israel, Simón Peres, el presidente Isaac Herzog, el ex primer ministro y jefe de la oposición Yair Lapid, los escritores e intelectuales Amos Oz, A. B. Yehoshua, Etgar Keret, Yuval Noah Harari y el citado Grossman, los emprendedores Erel Margalit, Amnon Shashua y Yossi Vardi, el Premio Nobel Dan Schechtman, los académicos Dan Ariely y Manuel Trajtenberg, el superviviente Yehuda Saporta y el gran experto del Holocausto Yehuda Bauer, mujeres con la voz de Noa, la personalidad de Dana International o la responsabilidad de las encargadas del sistema «Cúpula de Hierro», el mentalista Uri Geller, el exjefe del Mosad Ephraim

Halevy, el exespía Daniel Limor, que rescató a judíos etíopes en Sudán en la espectacular misión recreada en Netflix, y Rafi Eitan que antes de morir a los 92 años contó, entre otras cosas, los detalles de la captura de Adolf Eichmann que lideró en Buenos Aires en 1960.

Dado que cada uno de los temas tratados merece obras extensas, el reto ha sido sintetizar sin prescindir de datos y testimonios básicos. De lo contrario, el libro pesaría más que el lector. El número de capítulos es un guiño a las doce tribus del pueblo de Israel que hoy se pueden clasificar en cuatro grandes sectores que detallo desde sus entrañas. Hay muchos relatos porque un secular judío, un árabe, un ultraortodoxo y un religioso sionista no viven Israel y en Israel de la misma forma. El desencuentro de identidades forma el Nuevo Orden Israelí, pero también lo desafía. Aunque la divergencia no es nueva. «Aquí todo está en zumbido permanente, todo es muy denso. Hay un montón de palabras, la controversia hace estragos», admitió el escritor Aharon Appelfeld.

Como testigo de la actualidad diaria que sigo al minuto desde hace veintisiete años y receptor cada mañana en mi casa de los cuatro grandes diarios en hebreo (no recomendable para el ánimo ni el bolsillo), observo un país que pasa de la euforia a la depresión con una pasmosa rapidez. «Todo o nada», si tomamos prestado el título de un álbum del talentoso cantautor israelí sefardí David Broza.

La fotografía del Ejército repasa su rol social, sus retos, sus operaciones más conocidas y sus tres principales guerras. ¿Cuál fue la guerra más importante? ¿1948 al ser la de la independencia? ¿1967 debido al territorio conquistado y ocupado en seis días? ¿1973 porque el contraataque superó la traumática ofensiva-sorpresa árabe? La del 67 tuvo un enorme impacto político y territorial para generaciones venideras y la del 73 causó un terremoto social y allanó el camino para el primer acuerdo de paz con un país árabe (Egipto). Su guerra más trascendental, sin embargo, es la primera. Sin 48, no hay 67 ni 73.

Israel es una potencia militar, pero no ha enterrado sus temores existenciales y la vieja sensación expresada, en la víspera de la guerra del 73, por Golda Meir en una conversación con un joven senador estadounidense.

Senador, nosotros, los israelíes, tenemos un arma secreta en la guerra por nuestra existencia en Oriente Medio —dijo al invitado que, intrigado y ligeramente alarmado, pensaba que se refería a la supuesta capacidad nuclear. Tras una expectante pausa, la jefa de Gobierno sació su curiosidad—: Nuestra arma secreta es el hecho de que no tenemos otro lugar donde ir.

Ese senador es hoy el presidente Joe Biden. ¿Golda? Sigue siendo aún la única primera ministra en la historia de su país, aunque para muchos adolescentes es el nombre de la principal red de heladerías.

Más allá de la estratégica alianza con EE. UU., que le despliega un inmenso paraguas ante las grandes tormentas regionales, la seguridad de Israel se asienta en su resiliencia, su Ejército, la central de Dimona y el Mosad. Si desea conocer de cerca este temido servicio secreto le espera un amplio capítulo.

Si quiere pasear, puede recorrer en estas páginas el pasado y presente de Jerusalén, Tel Aviv y Haifa. La primera, disputada y santa, es soñada por millones. Cruce histórico entre Occidente y Oriente, Jerusalén avanza sin perder de vista su pasado como centro del mundo. Divina por sus rezos y terrenal por sus desafíos cotidianos llenos de dispares sensibilidades, tiene el doble de habitantes que Tel Aviv y el triple de Haifa.

Tel Aviv es la fachada más abierta, liberal y moderna de Israel. Una de las ciudades más caras del mundo ejerce de vibrante centro económico, cultural y tecnológico que reivindica y practica algo anhelado: normalidad. Con menos templos y más cafeterías que su santa hermana mayor, la primera ciudad hebrea moderna no duerme y a veces parece un Estado. No lo es.

Entre el Mediterráneo y el Monte del Carmelo, la luz serena de Haifa proyecta un faro de tolerancia entre pueblos y religiones. En la capital del norte, el exjuez del Supremo Salim Jubran rompe su silencio y comparte las sensaciones como prestigioso representante de la minoría cristiana en el sector árabe que es minoría en el Estado judío que, a su vez, es aplastante minoría en la región con clara mayoría musulmana. Así es, complejidad.

David Ben Gurión está presente en numerosas páginas. No podía ser de otra forma. Su centralidad en la historia del país se entiende nada más aterrizar en el aeropuerto que lleva su nombre. Ha Zaken («El Viejo») resumía así el significado de liderazgo:

«No pretendo decir que el pueblo está en mi bolsillo y no sé lo que quiere o no quiere. Solo sé, eso me parece, lo que el pueblo necesita».

Ben Gurión dijo que «la historia no se escribe, se hace». Y lo hizo. Ya con más ironía, profetizó que Israel será una más entre las naciones cuando también tenga ladrones y prostitutas. Si es así, la normalidad llegó hace tiempo. Peres, su alumno aventajado, lanzó un mensaje válido para cualquier generación y rincón en el mundo: «Cuenta tu número de sueños y logros. Si tienes más sueños que logros, aún eres joven».

Este libro explica también el significado de la *jutzpá*, el secreto de la exitosa Start-Up Nation, los cimientos de la central nuclear como columna central de disuasión, el papel de la mujer, la memoria e influencia de la Shoá y la sátira israelí que va más allá del conocido y reconocido humor judío y suele servir de medicina en este paraíso del estrés.

Más que un país, Israel es una temática escrutada de forma minuciosa que traspasa criterios geográficos e ideológicos y despierta encontradas pasiones. Si uno pregunta en cualquier bar en Europa encontrará «catedráticos» sobre este conflicto pese a que nunca han hablado con un palestino o israelí. Rara vez opinarán por ejemplo sobre los kurdos.

La ONU, que aprobó la creación de un Estado judío y otro árabe en una votación de apenas siete minutos en la Asamblea General en 1947, es el mismo organismo que hoy critican los israelíes por su automática mayoría en contra o porque su país es el único al que el Consejo de Derechos Humanos dedica una cláusula específica y permanente en su agenda (punto 7). Israel suele quejarse de que el enunciado del mandato de cada comisión de investigación suele culparle de antemano. El 27 mayo de 2021, este organismo de la ONU adoptó la propuesta para investigar la ofensiva militar israelí contra el grupo islamista Hamás tras su lanzamiento de proyectiles contra Jerusalén. Curiosamente, ese

día Siria anunció la victoria de Asad en los comicios con el 95,1 % de los votos y se supo que el Hospital Ichilov de Tel Aviv trataba a una menor palestina con cáncer. Lo novedoso no es que fuera palestina, sino que era la sobrina de Ismail Haniyah, el líder de Hamás que aboga por la destrucción del Estado judío.

Como cualquier país, Israel debe ser objeto de crítica. No faltan motivos, pero las sistemáticas condenas y los llamamientos al boicot no logran disminuir la construcción en colonias ni aumentar el apoyo a la solución de dos Estados, sino que alimentan la sensación de «obsesión» e «hipocresía» en Israel. Por desgracia, esta percepción lleva a muchos israelíes a ignorar voces de la comunidad internacional que realizan críticas razonadas, constructivas y justas. Lo comento desde la convicción de que Israel, como la parte más fuerte del conflicto, debe ceder mucho más para lograr un acuerdo.

Pese a las adversidades, peligros y guerras, es una potencia tecnológica, científica, económica y energética. Su atadura al *statu quo* con los palestinos, sin embargo, la condena a caminar con los ojos vendados a una realidad que deriva a corto plazo en tensión permanente y escaladas con intervalos de calma cada vez más breves y a largo plazo quizá en la liquidación del ideal sionista de un Estado judío y democrático. Así avisan algunos exjefes de los organismos de seguridad que abogan por un acuerdo y la separación entre los dos pueblos.

Otra sombra amenazante que se cierne sobre Israel es la aguda polarización que despedaza la cohesión y agujerea la sensación de unidad fundacional. Agriada por el bucle de cinco elecciones desde el 9 de abril del 2019 hasta el 1 de noviembre del 2022 y por efectos de las redes sociales como populismo o *fake news*, la división alienta fenómenos que desembocan en violencia verbal y física. En los últimos años, la escisión política en torno a Benjamín Netanyahu, debido básicamente a su juicio por corrupción, ha provocado la sucesión de dos realidades confrontadas y sin precedentes: en junio de 2021 se formó la coalición más heterogénea y diversa (izquierda, centro, derecha y un partido árabe) para ser sustituida en diciembre del 2022 por la más ultraconservadora y homogénea.

La apasionada batalla en torno a Bibi eclipsó (al principio) y agitó (al final) la guerra cultural que es la que realmente define el futuro del país. El bloque opositor conservador y religioso expresó su temor a que el Gobierno de Naftali Bennett y Yair Lapid dañara la identidad judía de Israel y hoy, dos años después, el campo liberal y progresista laico teme que el Gobierno dañe su identidad democrática. En este choque frontal identitario sobre cómo debe ser Israel, la demografía es fundamental y juega a favor del sector conservador.

Los israelíes celebraron el 75 aniversario en medio de un áspero debate público sobre el rumbo del país con asuntos cardinales como la relación entre Estado y religión o el papel del poder judicial en el juego democrático. El plan de reforma, anunciado por el ministro de Justicia Yariv Levin el 4 de enero del 2023 que pretendía debilitar el estamento judicial y en especial el Tribunal Supremo ante el Gobierno, se topó con masivas protestas en las calles profundizando una crisis interna sin precedentes cuya onda expansiva llegó a las dos grandes vacas sagradas que garantizan la seguridad y el éxito de la economía: el Ejército (reservistas avisaron con no servir si se aprobaba la propuesta) y el ecosistema tecnológico (reducción de inversiones extranjeras).

En Israel nada parece cambiar pese a que las noticias nacen y mueren a un ritmo endiablado. La fría transmisión de datos en la cobertura informativa sobre este país es tan necesaria como mostrar sus complejas caras y no caer en la tentación de la pancarta fácil. El activismo puede cambiar una realidad y el periodista puede ayudar a transformarla, pero su primera obligación es contar y contextualizar sin omitir datos básicos o limitarse a una versión. A más filtros, más completa será la fotografía independientemente de si la imagen es buena o mala. El periodista no debe convertir su opinión en el guion de la pieza informativa. Puede expresarla por ejemplo en una columna de opinión (sospecho que se llama así por este motivo), en una cena con amigos o en las redes. Primero hechos y luego opinión. O eso pensaba cuando recibí el diploma de periodismo en Barcelona.

Cuando uno escribe sobre este polarizado y mediático conflicto, debe aceptar las críticas, pero no que logren condicionar tu trabajo.

En el espectro de disertadores sobre Israel que abundan en un número inversamente proporcional al tamaño de su territorio (menos del 5 % del de España), dos campos se atrincheran: aquellos que elogian a Israel, haga lo que haga, y aquellos que lo critican, haga lo que haga. El periodista debe armarse con un férreo escudo para no caer ante el primer proyectil retórico. Así hice cuando me acusaron de propaganda palestina tras entrevistar a líderes de Hamás o a la familia Anastas en Belén, que se despierta con la terrible vista del muro, y contar la muerte de varios civiles palestinos en un ataque aéreo israelí. Así hice cuando me acusaron de propaganda israelí tras cubrir el funeral de Revital Ohayon y sus hijos Matan (5) y Noam (4) víctimas de un terrorista que se infiltró en su casa del Kibutz Metzger, entrevistar a jugadores españoles del Maccabi que elogian a Israel o explicar logros científicos israelíes que salvan vidas incluso de aquellos que piden su boicot.

Este conflicto no es una película de Hollywood con buenos y malos sino una tragedia en la que los dos pueblos tenemos razón y no tenemos razón. Dos pueblos que enfrentamos justicia a justicia y a veces injusticia a injusticia. Un choque entre derecho y derecho –afirmaba Amos Oz–. Debemos repartir la casa en dos apartamentos porque ninguno tenemos otra tierra.

* * *

Ante el espectacular paisaje del Sinaí reflexiono sobre los motivos del libro. No son los Diez Mandamientos ni son sagrados como la conciencia, la familia, el *deadline* de la crónica y el equipo de tu vida. En este sentido, recuerdo lo que me dijo un fornido guardaespaldas de Yasir Arafat en la Mukata en Ramala bajo asedio militar durante la Segunda Intifada.

«Uno puede ser de Al Fatah y pasarse a Hamás, pero no del Barça al Madrid o viceversa», aseguraba el palestino, fusil en mano, mientras esperábamos para entrevistar a su jefe.

En primer lugar, escribo este libro porque quiero. La voluntad se ha impuesto a las dudas iniciales de que alguien lo compre al margen de

mi familia que, por desgracia para mí y Editorial Confluencias, no es numerosa. En segundo lugar, porque aporta datos y testimonios que permiten sumergirse en las profundidades de Israel y explorar zonas que no suelen alcanzar la superficie del telediario. Si no lo creyera no hubiera dedicado tanto esfuerzo y tiempo. Para un *freelance* el tiempo no es oro. Lo es todo.

Por último, se lo prometí a mis padres que desde Barcelona siguen mi trabajo con preocupación, orgullo y añoranza desde finales del siglo pasado. Las promesas se cumplen. Aunque no hay que olvidar la cita sobre la promesa electoral atribuida a Levi Eshkol cuando era ministro de Economía: «Lo prometí, pero no prometí cumplirlo».